

II Premio Ripley

Colección Átropos

II Premio Ripley

Relatos de ciencia ficción y terror
para escritoras

Cuando desde Portaldeescritor y Triskel Ediciones convocamos la segunda edición del Premio Ripley, jamás creímos que la participación pudiera elevarse de tal manera (293 relatos recibidos frente a los 179 del año anterior) y que pudiésemos contar, de nuevo, con un jurado y una prologuista de tantísimo nivel. Queremos dar las gracias a Míriam Iriarte, ganadora de la primera edición, a la escritora cubana Elaine Vilar Madruga, a la traductora Carla Bataller y a las redactoras de Fantasymundo Natalia Calvo y Patricia Morales, todas ellas integrantes del jurado de esta edición. Y, por supuesto, a Pilar Pedraza, porque es todo un lujo, tras contar para la primera edición con Elia Barceló, decana de la ciencia ficción en nuestro país, poder hacerlo ahora con su homóloga del género del terror.

Y, por último, queremos agradecer a esas 293 escritoras por hacer de este certamen una muestra, simbólica pero muy significativa, de todo lo que hay por descubrir. Porque aunque aún queda camino por recorrer y trabajo por hacer, sin duda es una gran noticia ver como estos géneros, finalmente, se pueblan de nombres de autoras que han venido para quedarse.

ÍNDICE

Prólogo, de <i>Pilar Pedraza</i>	11
AIRE	17
Niña caducada, de <i>Beatriz Esteban</i>	19
AGUA	35
Buen viaje, de <i>Ana Roux</i>	37
Genlisea, de <i>Lorena Arce</i>	47
Los guionistas de Marte, de <i>Almijara Barbero</i>	61
Denominados, de <i>Arantxa Rochet</i>	79
Sangre oscura, de <i>Yaiza Carrasco</i>	93
Ese preciso instante, de <i>Asun Blanco Cobelo</i>	111
TIERRA	129
Las raíces, de <i>Marina Tena</i>	131
FUEGO	147
Explorando el futuro, de <i>Patricia Macías</i>	149
Cuaderno de Campo, de <i>Eva García Guerrero</i>	167
Trascendencia, de <i>Olga Tenorio</i>	181
El monstruo de las galletas, de <i>Amparo Montejano</i>	193

PRÓLOGO

Pilar Pedraza

La última moda *millennial* –por otra parte más vieja que la tos– es no leer ni un prospecto farmacéutico y presumir de ello. «No tengo tiempo», dice la gente, como si estuvieran entregados a una tarea titánica que requiriese de todas sus fuerzas. Sin embargo, para pasmo mío y de todos, debe de haber alguna secta universal –o quizás un agujero negro habitado– en la que funcionarios, esclavos, o tal vez pervertidos y psicópatas, se entregan sin cesar a la lectura y la escritura (de libros en papel! Algo extraño pasa. De lo contrario, no me explico cómo subsistimos todavía, si bien pluriempleados hasta la extenuación, los que escribimos esos libros, sostenidos o apoyados quizá por alguna fuerza oscura que desde luego no es la del mercado. ¿Por qué inundan periódicamente obras variopintas los expositores de los grandes almacenes y los rincones oscuros de Amazon?

¿Quién los lee? ¿Quién compra libros en lugar de gastarse veinte pavos en un bolso de polipiel o un suéter de Lacoste en el *top manta*? No me refiero ahora a los autores intrusos o parásitos, que generan largas colas de ciudadanos y ciudadanas en la Feria del Libro, como chefs, expolíticos, niñeras de ricachones o putas mediáticas, sino a escritores que, ilusos de nosotros, creemos en algo llamado «literatura», creación, ficción. Nos hallamos constantemente al borde del marasmo o del gueto universitario –si va para examen–, pero no acabamos de desaparecer. Lo digo sin acritud.

Pero ahora voy y me desdigo, y pongo proa a la posverdad como si fuera una ministra del ramo. Hay mucha gente que lee —sobre todo mujeres—, que compra y regala libros, que no desprecia la cultura —proclama—, que no ha sido abducida completamente por el opio del pueblo que es el deporte, o cuyo objeto de deseo no consiste en un coche de alta gama, como se dice ahora —«cochazo», se decía antaño—, o un viaje al Caribe si les toca no sé qué rifa o lotería. Hay lectores. Lo dicen las encuestas, los estudios, las investigaciones sociológicas, los ministros de cultura. Pues yo digo que, si existen, son invisibles salvo en las ferias de precepto, como las de Madrid o Barcelona. No ves a nadie leyendo en un bar o en el metro, a no ser que ese artilugio rectangular que llevan algunos en las manos contenga el *Ulises* de Joyce, cosa que dudo. No puede haber tanto en tan poco.

El hecho es que estamos aterrados por lo que se nos viene encima, pues tras la posmodernidad llegará, a no tardar, según los enterados, el posthumanismo. Los autores de ficciones y pensamientos sobrevivimos mientras tanto en nuestro frágil mundo, y disfrutamos meditando sobre ello por escrito. Nos esforzamos por compartirlo, permanecemos unos segundos en las pocas librerías que resisten o algo más en Internet, ese mágico y engañoso pozo de los deseos donde todo se puede pescar, por raro o idiota que parezca. Somos de la estirpe de Casandra, princesa troyana hija de Príamo, que recibió de Apolo el don de la profecía y la putada de que nadie la creyera. Pero siguió profetizando, como nosotros, como la araña tejedora aunque nadie compre sus telas, porque era pitonisa como algunos somos lectores o escritores, o, como dicen los catalanes y valencianos, en su riquísima lengua, *llettraferits*: heridos de o por las letras. ¡Qué sabia, la construcción del lenguaje por parte de nuestros ancestros, aunque sea patriarcal! Hay que seguir tras las huellas de Casandra, hay que seguir hasta que Agamenón nos esclavice de una vez por todas.

En fin, una servidora, que es resistente e insurrecta, ha dedicado unos días felices de este mes caluroso a la lectura de los relatos, escritos por mujeres, que tienes entre las manos en esta edición, lector hipócrita. Me han hecho reflexionar mucho sobre cosas y mitos de nuestra época: ese es su papel, que me impide evadirme y me ayuda a invadirme y ver qué es lo que hay de nuevo en la galaxia Guttenberg, especialmente en la resurgente zona de las mujeres que quieren estar presentes en pie de igualdad, desde Olympe de Gouges y aun antes.

Sus autoras se han empleado a fondo, con ganas, con un placer de escribir que se nota, y con talento. Sus temas nos son familiares, porque pertenecen a este siglo, que ya no es el XX, aunque sí lo sean sus raíces. Tras un par de lecturas atentas, discierno los siguientes:

–Relaciones con el cosmos. Historias de astronautas más allá de la ciencia ficción clásica.

–Distopías transhumanas, en cuya base está *El cuento de la criada* de Margaret Atwood y la construcción de una civilización perversa, fabricada por un poder hipercapitalista y más frío que un demonio.

–Robots, inteligencia artificial, esclavitud, pérdida de la individualidad e incluso de la subjetividad. Pervivencia y puesta al día del tema de la mujer como muñeca de placer.

–Cuerpo de la mujer tratado con conocimiento de causa. Esto es muy loable, porque va siendo hora de que la anatomía humana deje de ser cosa de científicos y médicos exclusivamente y se convierta en un viaje al interior del animal humano, a la hominización y a la civilización. El cuerpo femenino debe librarse de la abyección, y esa es una tarea que debe ser emprendida por quienes menstrúan y paren.

–Memoria de un tiempo más feliz, cuando éramos humanos y veraneábamos en aquellos lugares, fundamentalmente agrarios, que la falsa memoria nos presenta como idílicos.

–Viajes superexóticos, quizá extraterrestres, que rompen las barreras espacio-temporales.

–Canibalismo *gourmet* fantástico, que deja atrás a los viejos zombis para fantasear sobre nuevos alimentos y golosinas.

Todo esto y más, a mí que no soy experta, me sugiere ecos de lo que eclosionó con fuerza en el siglo pasado, sobre todo entre los años setenta y noventa, pero con otros matices, otras sugerencias y nuevos miedos. Lo que hay en este libro nos interesa, está vivo. Lo que ofrece flota en el aire de nuestra cultura postposmoderna, chorreante de imágenes trucadas, de quimeras que pretenden hacerse realidad a fuerza de inversión millonaria para blanqueo, de bulos expelidos por un capitalismo sin entrañas que se distrae preparándonos para ser consumidores consumidos con número de serie.... Hay novedades de gran vitalidad trabajadas sobre las tradiciones que hemos heredado de los ya lejanos o reconvertidos terrores románticos y góticos, del amor-odio decimonónico a la máquina, a la cadena de montaje, a la Nueva Carne de David Cronenberg y J. G. Ballard, y a la desaparición de la realidad engullida por una suerte de monstruo aparentemente informe que todo lo digitaliza. El terror post 11-S ha sembrado el caos en los hormigueros humanos, cuyas reinas se han convertido en máquinas que proporcionan a las obreras huevos bióticos para la fecundación in vitro. La literatura es sensible a todo ello y trabaja en esas líneas, sobrepasando el terror gótico clásico, devenido adorable momia polvorienta, cuyos personajes huelen a muerto y a pipa de opio apagada, viejas delicias. Las autoras han salido del pozo de las sombras y ahora el olor predominante es el de los infinitos derivados del petróleo, y las palabras clave, vida artificial y poder digital. Hay en todo ello un pesimismo que no es bueno ni malo, está ahí, como

bien dice mi amigo Luis Pérez Ochando en *Todos los jóvenes van a morir* o en *Noche sobre América*.

¿Por qué los premios Ripley, de los cuales este es el segundo, están enteramente generizados? ¿Sólo para dar visibilidad a las mujeres escritoras? ¿Por qué relatos de mujeres? ¿Tiene género la literatura, además de géneros? Todo el mundo —incluidas algunas mujeres ignorantes del mundo en que viven y de los cambios que se avecinan—, se hace íntimamente o plantea en público estas preguntas, generalmente con intenciones aviesas. No tienen más respuesta que el consejo de leer, desde Simone de Beauvoir en adelante hasta llegar a lo más radical del feminismo actual, del mismo modo que las mujeres hemos leído a Aristóteles, René Descartes, Michel Foucault, Roland Barthes o Jean Baudrillard, y no se nos han caído los anillos sino que hemos aprendido bastante.

Se haga lo que se haga, la brecha, y no sólo salarial, está ahí como una herida supurante de la que —casi todas y algunos— somos conscientes, como también sabemos que la lengua y la construcción de los textos son de origen patriarcal. Por eso hay que convertir la civilización patriarcal en global, libre, igualitaria y fraterna, y sobre todo inteligente. Feliz también estaría bien, pero no soy idiota. Las civilizaciones patriarcales han fracasado y están poniendo en riesgo al mundo, no digo ya al planeta. Habrá que cambiar y dejar un futuro sostenible, o al menos soportable, a nuestras hijas y a nuestros hijos, no vaya a ser que la testosterona combinada con el capitalismo frío y mutante nos deje a todos como medusas al sol. Si no es así, los síntomas actuales se convertirán en un cáncer global y todos saldremos perdiendo, salvo las cucarachas, que por lo visto resisten incluso a una bomba atómica.

No hay arte fantástico o ciencia ficción de hombres y de mujeres. Hay arte y ficción buenos, creativos y de calidad; y también mediocres, sin vida y rematadamente prescindibles. Pero mientras el mercado no esté inundado de literatura buena escrita por muje-

res, como lo está de mala literatura escrita por hombres –y lo mismo los premios, las Academias, las cátedras– es imposible superar la desigualdad de oportunidades y jugar con cartas sin marcar. De las antologías como esta y otras que circulan por la red o que ocupan el lugar que les corresponde en los escaparates de las librerías saldrán generaciones de buenas escritoras que no serán ya «mujeres que escriben», sino personas que tienen algo que decir y lo dicen a su manera, esto es, como les dé la gana y les dicte su musa, su inconsciente o su militancia, sea su género el que sea.



Aire

NIÑA CADUCADA (Relato ganador)

Beatriz Esteban

Hace años les contábamos a los niños que a los bebés los traía la cigüeña. Si una pareja lo deseaba con suficiente fuerza, entrelazaban sus manos y miraban al cielo, un día un ave con el pico muy largo y un paquete bajo las alas llamaría a su puerta.

Hemos dejado de mentirles.

Ahora los bebés los trae CECO.A.

Esa fue la primera historia que recuerdo que me contaran antes de dormirme, y la que se repitió todas las noches desde que tenía conciencia. Mi madre siempre me habló del Centro de Concepción Artificial como los dioses que me habían dado la vida. Como las personas que le permitieron ser madre. Cuando era niña, eran los protagonistas de mis cuentos. Cuando crecí, escuchar la misma historia empezó a ser una obligación.

Tenía que tener claro el inicio de mi vida para aceptar cómo acabaría.

El relato no variaba; se mantenía cada detalle sin importar si era verdad o ficción, si era un sueño o un recuerdo. Quizás aquel día el cielo no estuviera tan gris como mi madre decía, quizás no llegara a pisar los charcos que inundaban las calles. Quizás el agua que caía de sus ojos cuando se acercó a la primera máquina no eran lágrimas, sólo gotas. Sólo lluvia. Aun así, Eloise se deleitaba en la misma historia una y otra vez, sin dejarme abrir la boca. Te-

nía que escucharla. Tenía que grabarla a fuego en mi memoria. Si era hija suya era gracias a CECO.A.

Por supuesto, la historia de mi concepción debía conocerla cada vecino, pariente, amigo o desconocido. Cada persona con la que se encontrara en la cola del supermercado, cada amable señora que se acercara a mí para decirme lo mucho que me parecía a mi mamá. Todos tenían que saberlo.

Yo no fui ningún regalo.

Fui un premio. Un triunfo.

Mi madre me lo recordaba cada día para que no olvidara que le debía la vida. A ella y a CECO.A. Un día tendría que devolvérsela.

Así que ese día había dejado de llover pero el aire todavía estaba cargado de humedad, y el frío se calaba entre las mangas de las chaquetas. Mi madre, Eloise, sólo sacó las manos curtidas de sus bolsillos para comprobar la dirección del centro en el móvil. Las grandes siglas del Centro de Concepción Artificial, CECO.A, resplandecían sobre el edificio como si se hubieran encargado de sustituir al sol. A mi madre le lloraron los ojos. Sigo creyendo que fue la lluvia.

Eloise siempre quiso ser madre. Me corrijo: Eloise siempre quiso tener *una hija*. Quería que su niña creciera en el hogar utópico que ella misma crearía, alejada de todo lo que pudiera hacerle daño. Como un padre.

Como el suyo.

Porque Eloise creció sabiendo lo que era tener un amo, no un padre. Porque compartió durante años el mismo techo con un hombre al que no conocía, que nunca estuvo ahí. Recordaba haber tenido padre cuando era niña. Y de pronto, cuando creció, cuando Eloise aprendió a creer en ella, a pensar por sí misma, a luchar por ella, su padre prefirió que las mujeres se encargaran de «esos problemas de mujer», porque él no lo entendía. Porque él nunca quiso entenderla.

No sentía odio. Hubiera sido como apuñalar a una parte de ella, aunque sólo estuviera ahí durante los primeros años de su vida. Pero Eloise estaba dolida y sentía que esa herida nunca acabaría de cicatrizar. Siempre le dolió más un hombre que no la viera, que ninguno.

No quería arriesgarse a que un padre me mirara a mí por encima del hombro, a que me olvidara, me ninguneara, me viera como a una extraña y no como sangre de su sangre. Eloise había acabado temiendo a los hombres porque ella había vivido en un mundo que la había roto. Que le había enseñado a no ser nadie. Estaba segura de que, a base de repetirme esta historia, Eloise se obligaba a borrar de su memoria todas aquellas escenas que deseaba que nunca hubieran ocurrido. Si no las contaba, no existían. Sólo la rasgaban por dentro.

Ahora quería darse una segunda oportunidad para sanar. Quería que yo la tuviera.

CECOA le ofreció su sueño en bandeja.

[¿Desea usted un varón o una mujer?*

[*En CECOA no nos hacemos responsables de la posterior identidad de género del sujeto.]

Mujer. Mujer, mujer, mujer, *mujer*.

Mi madre pulsó la pantalla táctil como si pudiera atravesarla. Como si su niña fuera a salir a través de ella, como si así se asegurara de que no habría manera de contaminarla. De contaminar*me*.

¿Te he decepcionado, mamá?

Es la pregunta que me callo cada vez que baja la mirada al hablarme.

Cada vez que me presenta con la cifra que costé, y no con mi nombre.

[¿Desea ser progenitor único?]

[En caso contrario, será necesario la adquisición del genoma de ambos progenitores.]

Eloise arrugó la nariz ante la última aclaración. Dice que entonces la música de ascensor que sonaba en el centro se ahogó; el chispear de la lluvia dejó de chocar contra los cristales; y que las parejas que daban vueltas cerca del mostrador antes de la entrega de su hijo, los clientes que esperaban tras ella a que acabara su pedido, el recepcionista; todos, absolutamente todos, desaparecieron en aquel momento.

Sólo quedó ese fondo blanco, esas letras negras, y la pregunta que la convertiría en mi única madre. Seríamos ella y yo. Y no necesitábamos a nadie más.

Pero CECO A le quería hacer creer que sí.

[¿Desea completar el genoma con un progenitor aleatorio?]

No, pulsó.

Nunca, pensó.

[¿Desea completar la base genética con una ligera alteración de sus propios genes?]

[En lugar de una clonación perfecta, en CECO A nos cercioramos de que su hijo sea un ser humano único. No se trata de una copia exacta de su genoma. La ligera alteración producirá desviaciones en el físico o en la personalidad que no nos responsabilizamos de controlar. Si acepta, elija a continuación la calidad y el porcentaje de los genes escogidos.]

En palabras de CECO, aquello se traducía como un «mira tu bolsillo y aj state a él». Así que mi madre volcó todos sus ahorros («siempre llevaron tu nombre», decía), todo el dinero que le quedaba, todo el que podía darme, porque no soportar  perderme.

Porque CECO es el para o para quien puede permitírselo.

Para las parejas con una herencia a las espaldas que disfrutaban de la posibilidad de tener un hijo sin necesidad de parir.

Para padres que no querían una madre para sus hijos.

Para madres que ya no podían darlos.

Para todo aquel que pudiera prometerle a CECO una vida de lujo a la creación que les dieran a cambio.

Mi madre creyó que podía.

Cuando era niña, un niño del parvulario se presentó como 250000. «En efectivo», enfatizó, alzando la barbilla mientras enseñaba el código de su antebrazo. Una sola línea. Un sólo número. A su alrededor, los demás le miramos boquiabiertos, como si fuera la primera vez que veíamos el código que también marcaba nuestra piel.

Empezaron a decir los suyos con voz alta, con orgullo. 175000. 89500. 198000. Todos tenían una única línea.

Yo tenía dos. Por eso call .

[Se procederá a crear una: NIÑA.]
[GENOMA: 65% PROGENITOR 1 (ELOISE VHAN) +
35% ARTIFICIAL (BASE GENÉTICA ALTERADA: ELOISE
VHAN)]
[CALIDAD POR VALOR DE: 19.999 EUROS]
[¿Aceptar?]

Mi madre dice que pulsar aquel bot n fue como cogermela de la mano por primera vez. Se mord  el labio y esper  a que la máquina expulsara su tique.

De ahí salió el primer número que marcaba mi antebrazo: 19999. Mi valor. Todo el dinero que mi madre invirtió para que naciera. No fue suficiente para darme una vida libre.

Una vida valía mucho más.

Mi madre abrazó el tique nada más recibirlo, y no se apartó de la pantalla hasta que el siguiente cliente la empujó para comenzar su turno.

[TRANSFERENCIA CONFIRMADA.]

[Vuelva dentro de 39 semanas a partir de HOY (04/04/2077) para recoger su producto.

Código: ELOISEVHAN 1]

[ATENCIÓN. Le recordamos que la fecha de retirada del sujeto ELOISEVHAN 1 está programada para el 04/04/2097]

Y ahí tenía el eterno recordatorio de mi caducidad, junto a mi supuesto *valor*. Sólo dos líneas para definirme. Dos líneas, porque mi madre no tenía dinero suficiente para regalarme una.

19999
04042097

Por suerte o por desgracia, Eloise me dio tiempo para hacerme a la idea. Siempre terminaba sus cuentos de la misma forma:

—Y llegará un día en el que la pequeña princesa, el mejor regalo que me dio el mundo, recibirá la llamada y tendrá que volver a casa, a su castillo, donde la buscan y la esperan con los brazos abiertos.

Con esa última frase, el tatuaje en mi antebrazo ardía.

—Esa no es mi casa, mamá. Lo eres tú.

Ella sonreía y ladeaba la cabeza, sin importar si era la niña de cinco años o la de diecinueve la que contestaba así. Siempre mira-

ba con esa sonrisa que parecía decirme «todavía no lo entiendes». Y ahora, a casi veinte años de que mi madre me concibiera, me quedaban dos días para entenderlo. Sólo dos días.

—En CECOIA te olvidarás de ese número, Lyra. Ya nunca tendrás que ver cómo esos estúpidos de 200000 te miran por encima el hombro. No volverán a cerrarte las puertas sólo por tu valor. Vales muchísimo, Lyra, recuérdalo siempre. Que haya personas que valgan más no significa que...

Aparté mi mano de entre las suyas como si me hubiera tocado con hierro ardiendo. Estaba cansada de sus discursos, que se repetían todos los días como si así ella consiguiera creérselos también. Valores, fechas, números, agradecimientos, CECOIA, CECOIA, CECOIA. Siempre era CECOIA. Antes de mi nacimiento, la vida de Eloise consistía en conseguir el dinero para tenerme. Para *comprarme*. Y aun así se sentía en deuda con el centro que le dio la hija que pidió. Decidió que sus días consistirían en dar gracias, como si aquella organización fuera una nueva religión. En aislar-me de todo aquel que me hiciera daño. Todo hombre, todo niño que no llevara un código en su antebrazo; todo padre que se atreviera a decirle que yo no era real. Me quiso apartar de un mundo que sólo le daba miedo a ella.

Pero CECOIA siempre estaba ahí. En cada conversación durante la comida, en cada cuento de buenas noches. Y permanecería, estaba segura. Aquí la única que iba a marcharse era yo.

Aquella era mi última noche. Juraría que el código ardía bajo mi piel, como si quisiera recordarme el tiempo que me quedaba.

Mi madre entró en la habitación con una sonrisa y dos tazas de leche caliente.

—¿Estás nerviosa? —preguntó.

Era ella la que trataba de mantener la sonrisa. Dejó las tazas sobre la mesita y se sentó en el borde de la cama, buscando arropar-

me bajo las sábanas como llevaba haciendo casi veinte años. Hoy tampoco cambiaría nada.

—No —susurré como una autómatas. Enseguida noté el peso de la mentira en mis labios. Pero se suponía que no había razón para estar nerviosa: llevaba toda la vida con un contador en la muñeca; había tenido tiempo de sobra para prepararme.

No, no estaba nerviosa.

Tenía miedo.

Era distinto. Los nervios preparaban, el miedo te escondía.

—Todo saldrá bien, Lyra. —Mi madre me pasó la mano por la mejilla. Lo peor era ver que de verdad lo creía. ¿No se daba cuenta de que mañana ya no tendría a nadie a quien acostar? ¿Que la casa se quedaría vacía?

¿No le importaba?

Bajé la mirada al maldito código de mi piel. Quizás era hora de hacerle todas las preguntas que el miedo me había hecho callar en los últimos años. Quizás esta vez mi madre contestaría con la verdad, no con evasivas. Quizás se diera cuenta de que CECOAs vendía humo y jugaba con los sueños de la gente. De que mañana no «volvería a casa», como ella decía. Mañana desaparecería. Me vería obligada a trabajar en la organización que me engendró el resto de mis días. Y mi madre seguiría creyendo que era justo. Que apartarla de ella era lo normal. Que se lo *debíamos*.

Le cogí la mano antes de que la apartara, con más fuerza de la que pretendía. Si ella me tenía atrapada bajo las sábanas, yo la atraparía en mis manos.

Quería explicaciones. Quería una disculpa, algo. Quería que mi madre entendiera de una vez lo que era sentirse propiedad de CECOAs.

—Mamá, ¿por qué lo hiciste? —Ella levantó una ceja, como si no supiera de qué le hablaba—. ¿Por qué tenerme para que luego me fuera?

—Porque te quería así. Tal y como eres, mi amor. —Su respuesta fue inmediata. Ensayada. A pesar de la fuerza con la que le agarraba la mano, buscó mi mejilla con la otra—. Quería que fueras como podría haber sido yo. Quería una hija y la quería *mía*. Quería que este mundo fuera sólo nuestro, ¿entiendes? No había otra manera. No me perdonaría nunca que tuvieras la sangre de alguien que no se...

—Mi sangre no es la tuya, mamá.

—Claro que sí.

No sabía si reír o llorar ante lo rotunda que sonó su respuesta. Lo convencida que estaba de que CECOIA tenía la verdad absoluta, de que la organización que había vendido a su hija, la que vendía cada día millones de bebés programados para ser el pedido perfecto, no se atrevería nunca a mentirle. Ni siquiera se había molestado en buscar respuestas.

Yo había tenido casi veinte años para hacerlo. Mientras Eloise se encargaba de que nunca me desviara del camino del colegio a casa, de que nunca viajara sola, de que nunca conociera o mirara a un hombre que ella no hubiera visto antes, yo me convertía en una niña cada vez más callada. Cada vez más cansada, también.

Aprendí que preguntar no me daría respuestas. Que escaparme de la cárcel a la que llamaba casa sólo enfurecería más a mi madre. Que la única manera que tenía de huir era a través de las palabras de otros.

Ahí es cuando empecé a sacar libros de la biblioteca y a forrarlos con papel de periódico para que mi madre nunca viera sus portadas. Porque la palabra ciencia le asustaba demasiado. Porque, en el fondo, había vivido tantos años creyendo que nuestros genes eran perfectamente idénticos que ahora no se atrevía a desmontar sus creencias.

Era mucho más fácil seguir viviendo así. Dolía menos.

Así se convencía de que no había cometido un error, de que devolverme a CECOA merecía la pena. Porque, al final, se lo *debía*.

Pero estaba demasiado cansada de verla vendarse los ojos.

—Mamá, ¿te das cuenta de lo que estás diciendo? Si es cierto lo que CECOA te contó, seríamos clones. ¿Es que no lo entiendes?

Arrugó la nariz y se llevó la mano a su pecho, dramatizando todavía más su enfado. Como si fuera yo la que le mintiera.

—Lyra, no digas tonterías. —Suspiró, exasperada—. El Centro de Concepción Artificial cuenta desde hace décadas con los científicos más prometedores e inteligentes de Europa. Tienen un conocimiento muy avanzado de la genética humana. Mucho mayor que el que tú aprendiste en clase. —Apartó la mirada y arrugó el entrecejo, como si el simple hecho de que hubiera ido al colegio la ofendiera—. Ahí son capaces de crear una... copia de mis genes, pero alterando ligeramente el orden. Sólo mírate. Somos dos gotas de agua, pero, por el amor de Dios, no somos clones. ¿Me puedes explicar cómo es posible si no? —No esperó a que le contestara; sólo rio—. No, no puedes. No lo entendemos, pero CECOA lo comprende y lo controla. Estoy muy contenta con su producto. Recuerda decírselo mañana, de parte de Eloise Vhan. Quizás se acuerden de mí.

Sonrió. Sonrió como una enamorada, no como una madre a la que iban a arrebatarle su hija.

A veces me preguntaba si todo su cariño también había sido una mentira. Si le enamoró más la idea de ser madre que serlo.

Después de todo, yo no era más que un *producto*. Con errores de fábrica, puesta a la disposición de mi madre y fecha de caducidad.

Aparté la taza de la mesita, invitando a mi madre a marcharse. No quería escuchar nada más.

—¿Qué pasará mañana, mamá? —dije, antes de que le diera tiempo a levantarse. Ella parpadeó, confusa.

—Ya lo sabes, cariño.

—Volveré al centro. Trabajaré con ellos, como el resto de... —¿De niños desechados? ¿De *productos*?—. Como todos los que llegaron antes de yo. Y ayudaré a formar nuevas familias.

—Estoy segura de que aprenderás muchísimo, mi amor. —Colocó una mano sobre mi rodilla.

—¿Y tú qué?

—¿Yo?

—¿Qué harás mañana?

Otra vez esa cara de desconcierto, esos ojos tan abiertos que me recordaban a un búho. Relajó los hombros y miró hacia la puerta de la habitación antes de hablar:

—Echarte mucho de menos, cariño. Muchísimo. —Suspiró, y el rostro se le iluminó durante un instante—. Sé que en su momento no pude darte más que estos días juntas pero... Pero puedo volver a tenerte. He estado ahorrando. Puedo volver a CECO, pedir tu base genética y crearte de nuevo.

No. Es imposible. No se da cuenta de lo que le están haciendo, no se da cuenta de que las vidas no deberían venir con un precio en la piel.

No veía nada.

Todos estos años había querido a una mujer que sólo me veía como un juguete que reemplazar cuando se rompiera.

—Mamá, esa no seré yo... —No quería llorar. No podía. Llevaba demasiado tiempo haciéndome a la idea de lo que iba a pasar como para que ahora ella me derrumbara.

Pero entonces me miró. Sonrió, con las comisuras demasiado tensas, con la mirada demasiado férrea.

—Claro que sí, Lyra. Ya lo verás.

No, mamá. Eso es lo que no recuerdas. No lo veré.

[...]